



## Testigo de la historia

» YO ESTUVE EN LOS LUGARES QUE DESCRIBO EN MIS CRÓNICAS



Alfonso Diez García  
Cronista de Tlapacoyan  
alfonso@codigodiez.mx

Lo que van ustedes a leer en esta crónica, queridos lectores, lo he contado sólo a unas cuantas personas, pero nunca lo había puesto por escrito. Les pido que, cuando se metan de lleno en la lectura lo hagan con la mente abierta, no la cierren con clichés preestablecidos, permitan que lo que imaginamos que puede suceder en otra dimensión tenga vida en la que ahora vivimos. Háganlo aunque sea, por el simple hecho de otorgarme el beneficio de la duda. Permitan que lo que podría ser una fantasía los lleve de la mano a lo largo de las líneas que siguen.

Fijemos un comienzo hace alrededor de cinco meses. Acababa yo de hacer una amplia descripción de las fotos antiguas que estábamos exhibiendo en la Plaza de Armas que en Tlapacoyan conocemos simplemente como “el parque”. Eran alrededor de sesenta.



FOTO POCO CONOCIDA DEL PARQUE, al comenzar el siglo veinte. No existía el Hotel San Agustín, ni el Restaurante Las Acamayás. La falta del atrio y de la Cafetería Parroquial permitía ver la iglesia completa. A la derecha se vislumbra El Vaivén, ahora La Rana. El cambio es total.

Casi todas fueron tomadas en el primer cuarto del siglo veinte. El palacio municipal después del incendio, el mismo tras la reconstrucción e imágenes de cómo luce en la actualidad. Las calles de la población, cuándo y cómo empezó el empedrado de Alatorre, que después cambiaría de nombre a Héroes. La Parroquia de la Asunción en diferentes tomas y épocas, lo mismo que la de El Cerrito. Panorámicas con diversas tomas del municipio. Muchas de ellas han sido publicadas ya en estas crónicas.

Al terminar la descripción, comenzaron las preguntas y las respuestas. Una viejecita me preguntó si había estado en todos los lugares que acababa de describir.

Claro que he estado ahí, pensé; antes, durante los hechos descritos y después, ahora. Todo lo tengo en la memoria. Investigaciones, fotos, relatos. ¿Testimonio virtual? Le respondí que sí.

Se me quedó viendo más asombrada que incrédula y soltó la pregunta: “Pero usted relata cosas que sucedieron a principios del siglo pasado, entonces, ¿Cuántos años tiene?”

— ¿Cuántos me calcula usted?

Se me quedó viendo, volteó a ver mis canas, las fotos y me dijo: “Tiene usted 95, 95 años de edad”.

— Exactamente, esos tengo.

— Claro que sí. En mi casa me dicen siempre que yo soy buena para calcular la edad.

Se quedó feliz. Me acompañó hasta el final y desde entonces casi no hay evento en el que yo participe en el que ella no asista como espectadora.

Más tarde, algunas de las que me acompañaron durante la cena seguían con la duda. Insistieron y les relaté entonces lo que ahora confío a ustedes:

Yo estuve en todos esos lugares que describo en mis crónicas: la Revolución, la construcción del palacio en Tlapacoyan y muchos sucesos más.

Lo he comentado antes. He dicho que tengo 95 años de edad, pero en realidad vengo del pasado, de muchos años antes, aunque parezca increíble. ¿Por qué? Me gustaría saberlo. Por eso yo respondo que sí a la edad que sea que me calculen. ¿Cuánto más voy a durar? No lo sé. Tengo canas desde principios del siglo pasado, pero no tengo arrugas.

¿Qué quiere Dios para mí? No lo sé, de veras. Éste es un secreto que nunca he compartido con nadie. Por favor, no se lo digan a nadie. Quedará entre ustedes y yo. Algún día en el futuro se van a sorprender con una revelación.



EL PALACIO MUNICIPAL TRAS EL INCENDIO, en 1920. Nótese la diferencia en el techo, la teja.

¿Y es bueno ser protagonista de este milagro? No, no lo es. He visto fallecer a tantos seres queridos. Hay que morir cuando lo hacen aquellos a los que amas. Es muy triste ser tú el que los entierres. Yo le pido a Dios que haga conmigo lo que desee, pero que tome en cuenta que no soy un ángel, no soy un santo, soy un ser humano que por designio divino sigue vivo sobre el planeta tierra.

¿Quiéren pruebas? Las tienen al alcance de la mano. Simplemente mediten: ¿Por qué soy como soy? ¿Por qué describo tantos lugares, hechos, vidas secretas? ¿Por qué nunca me enojo? ¿Por qué adivino lo que están pensando? Y, en otras palabras, ¿Por



EL PALACIO MUNICIPAL cuando todavía no tenía reloj, recién restaurado por el presidente Wolstano Vernet, tras el incendio.

qué estoy aquí?

Créanme que al revelarles la verdad me siento más tranquilo, porque ya hay otras personas en el sublime Reino de Dios que comparten mi secreto. Sí no asimilan a conciencia lo que les acabo de revelar, si no me creen y me preguntan si esto es una broma, les tendré que contestar tal vez que sí, sólo para darle gusto a sus dudas como seres humanos, pero se habrán perdido de asimilar otro de los milagros de la creación. Nuestro mundo, nuestro universo, son tan grandes que se tornan insondables. Sólo Dios tiene las respuestas. Les he dicho antes, y tal vez no meditaron en eso, que los amo a todos: a ti, que lees estas crónicas; amo la naturaleza, todo lo que nos rodea. Y estoy dispuesto siempre a dar, sin esperar recibir algo a cambio.

## Cuál es la edad ideal

Ahora me preguntan que cómo me siento a los 95 años de edad. Si no estoy en el declive, si no extraño los años mozos, si me privo de algo, o de mucho.

Y no, no extraño, ni me privo de nada, ni estoy en el declive, al contrario.

Hay personas que cuando les preguntan de qué edad se sienten, aunque tengan cincuenta responden que se sienten de veinte. Pero eso no habla bien de ellos, al contrario, porque significa entonces que son retrasados mentales.

A mí me sucede al revés, aunque tengo 95 años de edad física, me siento de ciento cincuenta de edad mental. Así calculo mi edad gracias a mi experiencia, a toda la información que he acumulado a lo largo de los años y a la mejor capacidad que tengo como persona sensible, aunque a veces reconozco que me paso.

## ¿A qué edad te quieres morir?

» LLEGÓ EL MOMENTO DE LA VERDAD.

A lo largo de nuestras vidas hemos tenido aciertos y también cometido errores. A veces volteamos la mirada hacia nuestro pasado y nos encontramos con algunas cosas que nos gustaría haber hecho de otra manera, o con acciones de las que nos arrepentimos. No podemos vivir lamentándonos de lo que hicimos mal, pero tampoco olvidar esas fallas, para no volver a caer en ellas.

He escuchado a algunas personas que afirman que no se arrepienten absolutamente de nada y que si volvieran a nacer harían las cosas de la misma manera. Son los que nunca cambian, porque no saben reconocer sus errores, ni siquiera cuentan con las herramientas necesarias para hacerlo. Son los “Genio y figura hasta la sepultura” y así morirán.

El camino debe ser otro: hay que cambiar para superarnos, eliminar nuestros errores y tener muy claras nuestras metas y la manera de lograrlas.

Éste es el momento de la evaluación personal, para ver qué podemos hacer con nuestro futuro, cómo podemos ser mejores, tanto para bien nuestro como para el de los que nos rodean.

Acompáñenme en este recorrido:

1.- El primer punto es reflexionar acerca de nuestros primeros años de vida: ¿Qué metas teníamos antes de los 12? ¿Cumplimos con ellas? Un ejemplo: queríamos terminar la primaria, ¿lo logramos? Queríamos mejorar nuestra comprensión de las materias que estudiábamos, ¿lo pudimos hacer? Queríamos ser mejores hijos, hermanos, amigos... ¿Lo hicimos? ¿Qué otras metas teníamos?

Antes de seguir adelante, hagamos una autoevaluación con respuestas sinceras. El recorrido por esos primeros 12 años lo vamos a hacer acompañados exclusivamente por estas líneas y nadie va a juzgar nuestras respuestas, salvo nosotros mismos, así que no tiene caso engañarnos. Al terminar cada uno de los puntos que siguen, hay que hacer otra autoevaluación antes de pasar al siguiente.

2.- ¿Qué metas teníamos para cuando cumpliéramos 25? Tal vez titularnos, viajar, leer ciertos libros, obtener determinado trabajo, lograr la compañía sentimental de esa persona que podría ser nuestra compañera (o compañero) para el resto de nuestras vidas. ¿Qué más? ¿Cumplimos todas nuestras metas?

3.- ¿Y para los 40? No importa si en unos años los cumpliremos. ¿Hemos llevado al cabo lo que nos propusimos? Tal vez casarnos, tener hijos, formar un hogar, construir una empresa o afianzar nuestro trabajo. Cursar la maestría. Dejar atrás los vicios que perjudican nuestro organismo, controlar nuestro mal humor y nuestra intolerancia. Darle más tiempo a nuestros hijos e invertir mayor calidad en los momentos que pasamos con ellos y con nuestra pareja. Esto y mucho más seguramente nos lo hemos propuesto. De nuevo, ¿Qué más nos propusimos? ¿Lo cumplimos?

4.- Si nuestra edad pasó esta etapa es el momento de analizar las metas hasta los 60. ¿Las cumplimos? El dicho señala que la vida empieza a los 40, la madurez, así que ya tiene 20 años ó más que “empezamos a vivir” y a partir de la sexta década nos damos cuenta cómo la tarde de nuestra vida se va quedando atrás. ¿Cumplimos con esa sentencia que dice “Planta un árbol, ten un hijo y escribe un libro”? ¿Se casaron nuestras hijas y/o hijos? ¿Tienen un buen compañero o compañera? ¿La guía y el ejemplo que pudimos darles, surtió efecto? A su vez, llevar de la mano a nuestros nietos como nos hubiera gustado? En otras palabras, ¿cumplimos esa que es la meta más importante de nuestras vidas?

¿Podemos, tranquilamente, dejar nuestro lugar a los que siguen?

5.- Ahora, no importa si tenemos 35, 50, 70, 80 ó más años de edad, viene la pregunta casi del final: ¿A qué edad te quieres morir?, o dicho de otra manera: ¿A qué edad crees que ya puedes morirte? ¿A qué edad estarás lista o listo? ¿Cuántos años más crees que puedes y quieres vivir, pensando que todavía tienes cosas que hacer, que tendrás la fortaleza necesaria para lograr las metas que ahora te fijes? Y aunque no tengas esa fuerza, pero resulta que quieres ser testigo del porvenir, quieres simplemente ver envejecer a tus hijos y a tus nietos; ver cómo terminan sus estudios, qué les depara el futuro, ¿Se van a casar? ¿Con quién? Entonces, ¿A qué edad dirías que te vas a morir?

Piénsalo, no sigas hasta que determines la edad en que vas a morir.

6.- Y finalmente, el momento ha llegado, llegaste a la línea final. Te vas a morir y toda tu vida está pasando por tu mente: la infancia, la juventud, la madurez, la vejez; la última mirada a los rostros y a las figuras de tus padres, de tus abuelos, de tus hermanos, de tus hijos, de tus nietos; de tus seres queridos, de tus amigos, de la primera novia o novio; de la última o último, que se convirtió en tu esposa, o esposo; de los momentos agradables, de algunos contratiempos, de cuando plantaste ese árbol, de lo que alcanzaste a poner por escrito. Te vas a morir ya y no puedes retroceder. ¿Estás lista o listo? ¿Llegas al final con todas las metas cumplidas o te faltó algo por hacer? ¿Te hizo falta pedirle perdón a alguien? ¿Le expresaste tu amor a los que debías? ¿Diste lo mejor de ti a los demás, pensando más en ellos que en tu persona? ¿Pudiste haber hecho más?

¿Quieres otra oportunidad?

De acuerdo, sólo por esta vez la vas a tener y no se repetirá, regresa a vivir tu vida y hazlo a plenitud, da sin esperar retribución, trata de hacer más placentera la vida a los que te rodean. La etiqueta de “Genio y figura hasta la sepultura” no es para ti, porque has decidido cambiar, enmendar los errores, los defectos de tu personalidad y vas a superarte.

¡Felicidades! Y recuerda, esta oportunidad no se repetirá.

Estoy feliz con mi edad porque:

Vivo la plenitud intelectual, emocional y física.

Intelectual, porque tengo más sabiduría, experiencia y cultura.

Emocional, porque gracias a lo anterior y a que se ha agudizado mi sensibilidad soy capaz de dar ahora todo el cariño que se reprime por los problemas que a veces nos agobian.

Y física, porque no tengo ninguna restricción, cumplo a cabalidad con cualquier requerimiento que se le imponga a los jóvenes. Cualquiera. Y resulta evidente que lo cumplo mejor, porque me ayudan tanto la experiencia, como mis emociones.

¿Y todas las personas a los 95 viven tal plenitud?

No, desafortunadamente. Hay quienes no cultivaron su desarrollo intelectual, otros que no resolvieron los problemas que los agobiaron durante la infancia y crecieron, en consecuencia, con un superyo mal estructurado y, finalmente, los hay, en gran medida, con tantos problemas de salud que ya no tienen deseos de vivir muchos años.

Me preguntan, finalmente, ¿Cuál es entonces la mejor edad, la ideal?

TODAS. Hay que dar lo mejor de nosotros sin importar la edad que tengamos. No hay que esperar al futuro, ni lamentarnos por el pasado. Hay que vivir el momento actual a plenitud. Y, por encima de todo, hay que buscar la superación en todos sentidos, hay que intentar ser mejores seres humanos... Por el bien de nosotros mismos y de los que nos rodean.